
EL BROQUEL

DE LAS COSTUMBRES.

*Armis exterrita nullis
Stygias omnes demolitor artes.
Mantuan.*

[TOM. 1.] OAJACA LUNES 27 DE OCTUBRE DE 1834 [NUM. 29.]

Tertulia de D. Teófilo.—Vigésima segunda conversacion.

Sobre la discordia.

Revoltosos por principios, por ejemplos desgraciadamente afortunados, creemos ya que en la rebelion y en el desórden hemos de encontrar las riquezas y los bienes á que no nos llaman nuestras circunstancias. Alhagose principalmente al pueblo ignorante y pobre con los atractivos de la igualdad y de las esperanzas de mejoras, que no pudiendo realizarse, lo han llenado todo de contrastes, de empeños, de acciones y reacciones siempre ruinosas para los aspirantes. Turbado así el equilibrio social por el entusiasmo de innovarlo todo de un modo chocante a nuestras habitudes, á nuestro caracter, á nuestras virtudes y á nuestros intereses, rompió por todas partes el fuego que originaba sordamente tales sacudimientos, y estalló contra el clero, contra el ejército, contra la riqueza, contra los propietarios, contra los virtuosos, contra los pacíficos, contra todos los hombres de bien; y precisados estos á contener la fuerza del desórden, opúsiéndose cada uno a su modo contra sus autores, resultaron chocadas familias contra familias, hermanos contra hermanos, hijos contra padres, seculares contra eclesiásticos, vecinos contra vecinos, sol-

dados contra soldados, pueblos contra pueblos, y ciudadanos contra ciudadanos. *En quo discordia cives perduxit miseros.* Jamás se empuñó con mas furor la espada que para atravesar el corazón del mejicano; la calumnia, la mentira y el dolo, nunca apuraron mas sus recursos que para sa-plantar al mejicano; la detraccion, los insultos y las mas negras personalidades, no hirieron tanto à nuestros enemigos estraños mas criminales, como à los mas dignos mejicanos: la guerra no se hizo con tanto furor contra nuestros opresores, como se ha llevado contra los mismos autores de nuestra libertad, los heróicos mejicanos; los odios, las invectivas, las altercaciones, las veuganzas, la divergencia de opiniones, aun en los puntos mas ligeros: todo vino à lanzar con estrépito escandaloso la armonia, la paz, el amor, la fraternidad, que poco ha unia duicemente a los infelices mejicanos. *En quo discordia cives perduxit miseros.* Ya hoy no nos conocemos, ya desconfiamos de cuantos se nos acercan: ya tememos aun la sombra de nuestros paisanos: escondemos nuestros intereses de los ojos aun de nuestros hijos: nos recatamos hasta de nuestros mas fieles amigos: y asi hemos alejado de nosotros para siempre, à lo que parece, la tranquilidad, la abundancia, la amistad, el amor, la virtud y la religion. *En quo &c.*

D. Desid. ¿Y quien tiene la culpa de todo? *Quie inimicus homo superseminavit zizaniam?*

D. Teóf. La tiene originalmente nuestra misma constitucion propensa por su naturaleza à la division, al aspirantismo y à la subordinacion, porque en ella como todos pueden mandar, todos quieren mandar: como todos hacen la soberania, todos tratan de pillarla algunos gages: como todos tienen libertad para escribir, todos dan à luz aunque sean los partos mas monstruosos: como todos han de elejir, cada uno quiere hacer que prevalezcan sus ideas; y multiplicadas à todas horas y en todas partes, las elecciones, à todas horas y en todas partes se engendra y desarrolla el venenoso germen de la discordia, cebada en la inmoralidad, y en la ignorancia popular. Presinde D. T. de las leyes fundamentales de la constitucion. Despues de esto es menester confesar que nuestros males tambien reconocen otro origen en las maniobras privadas de algunos génios revoltosos, que pare-

ce nacieron peces en el mar turbulento de las inquietudes; y no se hallan en otro elemento.

Otra raiz no menos venenosa está en las logias mazónicas instituidas para eterna agitacion de los pueblos, y ruina de su prosperidad. Tambien el aspirantismo, la ineptitud; el ocio, el lujo, las venganzas y otras pasiones, no han influido poco en el presente desórden de cosas.

Pues tantas causas juntas han desarrollado para nuestra ruina, el horroroso germen de la discordia que lloramos; y que vemos penetrar hasta los rincones mas inaccesibles de nuestras casas; como sucede puntualmente en la mia á pesar de toda mi vigilancia. ¿Creerán W. que haya cundido esta cangrena hasta el seno de mi familia?

D. Lam. Yo la tengo bien corta; y con todo, cada rato al colarse alguna visita, ó al renovarse algun sirviente, no dejo de observar algun síntoma que me hace temblar haya prendido la epidemia en mi casa; y tengo que valerme de todo el influjo de mi autoridad para asegurar en ella el reposo.

D. Desid. Lo mismo pasa conmigo proporcionalmente: como mi parentela es tan numerosa, hay en ella una mezclanza tan ridicula de opiniones y de empeños que no parece sino que todos hemos salido de la torre de Babel, hablando cada uno su idioma, y formando una nueva colonia con diversos intereses. Unos son chaquetas, otros son vinagres, otros yorkinos, otros aceites, otros escoceses, otros escaltados, otros apaticos: unos morigerados, otros muy perversos: unos muy bellos cristianos, y otros muy finos impios; pero yo he tenido la ptecaucion de que mi esposa é hijos se sometan ciegamente á mis maximas, cuiden de inspirarlas en quanto sea posible á los criados, y se abstengan de visitas en que áparezca el mas ligero peligro de corrupcion; con esto logro el consuelo de que las prendas mas caras de mi corazon esten intimamente unidas á él por la paz y la consonancia de principios, sea lo que fuere del resto de la familia.

D. Lam. A mi no me hace fuerza que este remolino haya revuelto tanta paja: lo que no puedo comprender es, como haya trastoreado las mismas piedras macizas del

Santuario estrellando à unas contra otras, con escandalo de los pueblos y afrenta de la religion: que los ministros de la paz, los maestros de las conciencias, los modelos de la piedad, las columnas del templo, para sostener los intereses viles de un partido, por egoismo, por despique ó por equivocaciones pueriles. se hayan decidido à proteger con todas sus fuerzas la desunion; à apadrinar maldades, à hacer apologias de cuantas novedades atenta su faccion, aunque sea contra la disciplina: à influir en los mas criminales trastornos del gobierno que favorecia el culto: à dirigir periódicos ofensivos de la religion y de la caridad: à ingerirse en proyectos ó planes depresivos de nuestro caracter y sus privilegios: à provocar o establecer el cisma; à abrir la puerta à la heregia, à desentenderse de las persecuciones que se han suscitado ó preparado en todas partes contra su estado, y à unirse por los lazos mas estrechos con todos sus enemigos! Esto no lo puedo entender, y es sin duda un prestigio peculiar de la magica revolucionaria, de que hemos visto un rasgo lastimoso en los sacerdotes janesnistas de Paris: *ex quo discordia cives, perduxit miseros.*

D. Desid. Pues yo si lo puedo entender aunque lego.

D. Teóf. ¿Como asi? ¿Alcanzará V. adonde no puedo llegar D. Lamuel?

D. Desid. A ver si acierto; diganme W.: ¿no son los eclesiásticos hombres lo mismo que nosotros? ¿No tienen su entendimiento obscurecido también con las tinieblas del pecado original y su corazon accesible à todas las pasiones? Pues bien: supongan W. un clérigo que se vé desairado en una pretension, de que pendia su subsistencia y honor: otro que está resentido con su prelado, por algun mal rato que le mereció: otro hambriento que ve el pan entre las espinas del desórden: otro que pica por entendido, se ve aplaudido en la faccion, y abierto en ella un campo à su orgullo: otro que por su desgracia tropezó en las obras de Voltaire, Rousseau, ó Grégoire, y alhagado con el espíritu de novedad, y los atractivos del bello estilo, concibe hastío en las ideas melancólicas y sin flores del moral y la teologia, al paso que halla placer en los jardines voluptuosos de Epicuro, siempre abundantes y fecundos en el fervor de

las revoluciones y decadencia de la disciplina ¿qué deberá resultar respectivamente de cada uno de estos principios tentadores? lo que vemos; y si no registren W. la biografía de cada uno de esos sujetos que han hecho papel, separándose del cuerpo de su estado, y verán W. como encuentran alguno de los motivos referidos ò otro equivalente. Un obispo gachupin postergó á un sabiondillo orgulloso: pues juró W. que este es vinagre, y enemigo de todo gachupin: la mitra reprobó á alguno en un sínodo, ¡otro vinagre! removió á aquel de una interina, ¡otro! &c. Algunas veces la virtud habrá sabido sobreponerse á estas tentaciones para mantenerse en el deber; pero la virtud por desgracia, no es un atributo esencial del caracter, como lo confesará el mismo Sr. D. Lamuel.

D. Lam. Y cuando yo no lo confesára, lo probarian bastante las infinitas flaquezas de que me conozco culpado delante de Dios y de los hombres; bien que estas por enormes que hayan sido, jamas han lastimado mi fé, ó mi respeto á la religion, que la misericordia de Dios se conserva intacta. Pero por lo demas yo pienso que á las causas referidas por V. tambien se puede añadir la ignorancia de hecho ó de derecho; el que no esté al nivel de las cosas, ni se hnya interiorizado de los planes, de los fines, de los medios, del caracter de las personas... de un partido, el que no tenga los conocimientos suficientes para someter á un juicio riguroso las teorías que hace valer con entusiasmo ese mismo partido, al tiempo mismo que el opuesto se ve obligado á guardar el más profundo silencio, facil es que sea victima de la seducción, aunque su conducta sea regular, y sepa lo necesario para desempeño de su ministerio. ¡El padre Grosin no puede suplir por nuestra historia, ni es para aprender política! es menester sin duda saber mucho mas.

D. Desid. Por eso yo no me fio de mis cortas luces, sino que pregunto siempre á quien mas sabe.

D. Teóf. Eso no se usa ya: la moda es constituirse uno de repente en oráculo de sí mismo, y hacer un esfuerzo para persuadirse que todo lo sabe, y que del resto de los hombres, es preciso que unos piensen como nosotros, y todos los demas sean unas bestias, preocupados con vejes-

torias por mas que la fama y la razon clamen lo contrario.

D. Desid. ¡Ah! Pues entonces he hallado ya la clave de un misterio que no habia podido descifrar hasta hoy: esto es: la profunda ciencia y seguridad de mas de cuatro badulaques, adquirida sin estudios, sin maestros, y aun sin el conocimiento de las primeras letras. Conque ¿todo aquel saber se reduce á persuadirse uno que sabe mas que Salomon, y etenme ahí un gran sábio, capaz de todo, y sin necesidad de otra luz alguna? ¡Bello hallazgo, digno del siglo filosófico! ¡Oh dias clarisimos dignos del siglo de Saturno: *redeunt Saturna regna!*

D. Lam. En la escuela de Lutero para estar el hombre justificado le basta creerse asi: en la de estos filósofos hay un fenómeno bien semejante en orden á la sabiduría. Me parece muy bien: ¡no envalde se multiplica tanto esta bella especie de sábios, para honor de la humanidad, y asombro de los siglos!

D. Teóf. Este debia ser el corolario de la igualdad, tan amada por eso de los pobres, de los ignorantes, de los cobardes, y de toda la gente ruin.

D. Lam. Y esto será tambien otro nuevo incentivo de la discordia, como es facil calcular.

D. Desid. ¿Qué harémos para atajar tantos males que me tienen el alma llena de angustias? ¿Cómo hicieramos?

D. Teóf. Contra envidia caridad; contra discordia fraternidad.

D. Desid. ¡Hay está el meollo! ¿Y esa fraternidad con qué se logra?

D. Lam. Esa fraternidad se logra con renovar entre nosotros el espíritu del cristianismo, tan arruinado por la mala política. Si el gobierno cuidara de promover con empeño la reforma de las costumbres sosteniendo y no disputando á los prelados el ejercicio de su autoridad y ejecucion de los cánones vigentes; si se dejara desplegar á la iglesia todos los recursos que ella tiene en si misma para renovar entre sus hijos aquel espíritu de union y de amor, que la hizo tan admirable todas las veces que se gobernó por sus propias leyes, sin las trabas de una autoridad estraña... ¡si, entonces y solo entonces podriamos tener la satisfaccion

de volver á ver aquellos dias claros de la primitiva iglesia, en donde todos los fieles no tenian mas que una alma y un corazon segun la frase del historiador sagrado, entonces se evangelizaria libremente aquella paz famosa que nació en la cuna de Jesucristo para felicidad de la tierra: entonces no se ocultaria el sol en nuestro oriente, sino para dejar entre las tinieblas de la noche la luz hermosa de la caridad que todo lo une y reconcilia. Acuerdense W. no mas de alguna época en que el espíritu fervoroso de las misiones ha hecho sonar en nuestra poblacion la tumba del evangelio por unos cuantos dias....; qué fervor! qué armonia! No se reconciliaron entonces innumerables enemistades? ¿no se apagó el fuego de la disencion? ¿No se reintegraron trescientos matrimonios? ¿No se disiparon millares de escandalos? ¿A la misma hacienda pública no se restituyeron varios intereses....? ¿Qué seria si este principio tan fecundo en cosas buenas, hubiera durado un lustro siquiera entre nosotros? Por aqui podrán W. calcular cuanta es la fuerza de la religion para el restablecimiento de las costumbres. De nada se cuida ella tanto, como de mantener en la sociedad y en cada una de sus fracciones el amor intimo y sincero de todos para con todos: y de extinguir en nuestro corazon hasta la mas imperceptible raiz del odio, antipatia, ó venganza, resentimiento y aun frialdad para con nuestros prójimos. ¿Qué otra cosa clama por todas partes la palabra de ios escrita: que segun Jesucristo toda se reduce á amar á Dios y al prójimo? ¿Qué imágenes tan sublimes no emplea cuando trata de inspirar al hombre horror à la discordia? ¿Qué espresiones tan enérgicas para inculcarle aversion à la anarquia, à las contiendas, à las disenciones! Para escitarnos v. g. à la union, mejor que aquel sábio escita de Plutarco, compara al hombre oportunamente ausiliado por su prójimo à una ciudad inespugnable: *frater qui adjuvatur à fratre quasi civitas firma*: Para reprimir en el corazon todo sentimiento ageno del amor, nos intima no solamente, abtenernos de dañar en lo mas mínimo à nuestros hermanos; sino hasta de sentir la mas ligera complacencia en la desgracia de nuestros enemigos *ni ruina ejus ne exultet per tuum*. Para precave nos del funesto término de las divergencias políticas ó



privadas, y de los amargos frutos de las disenciones que es la sangrienta guerra civil, nos hace un objeto de singular esceccion para la divinidad á qualquiera que origina las discordias: *qui seminat inter fratres discordias* y pone ante los ojos esos mismos principios horrendos de que tantas veces la hemos visto nacer nosotros; la maledicencia, las calumnias, las personalidades, las contumelias, las amenazas generalizadas por lá licencia de la imprenta. *Ante ignem camini vapor et fumus, ignis inaltatur; sic ante sanguinem maledicta, et contumelice, et minæ.* Eco. 22 v 30. Allí á la impiedad enemiga esencial del amor, nos la pinta como un fuego voraz que todo lo destruye, *quasi ignis impietas*; que no es capaz de perdonar ni aun á su misma sangre: *fratri suo non parcat* Isa. 9. Allí se lanzan los mas terribles rayos de la indignacion eterna contra los malvados que atentan el órden público: contra los superiores que abandonan al pueblo á la miseria; que fomentan sus vicios, que no se cuidan de su felicidad: que establecen leyes inicuas. *Vae qui condunt leges iniquas.* Is. 10 todo eso y mucho mas que no puedo referir, con el objeto de consolidar la union, de procurar la paz, de evitar todo rompimiento y de alejar para siempre la discordia.

D. Desid. ¿Para que se cansa V. Sr. D. Lam.º con decir que la caridad ó el amor sincero á todos nuestros projimos es la primera y esencial virtud de nuestra religion, ya está todo dicho: segun esto, el que protege la religion en el mismo hecho protege tambien la paz, la union, la fraternidad, el perdon de las injurias, el amor de los enemigos, el respeto á las autoridades, la educacion de las familias; y todo cuanto puede influir en el órden ó en el sosiego, ó en la prosperidad de todos los ciudadanos,

Continuará

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

IMPRENTA DE OLLO.

